



A reinventarnos como movimiento social

¡De las agendas LGBTI a la movilización Queer!

Cuando nos preparamos para empezar a retornar paulatinamente a los espacios y actividades en lo público, después de más de 180 días de aislamiento, nos asisten dos reflexiones, de un lado la precariedad que encontraremos al retornar a los espacios colectivos y conocer situaciones de una pobreza en crecimiento, empeoramiento de la calidad de vida y ausencia de bienestar; y, de otro lado, la precariedad de cómo se sigue tratando a mucha ciudadanía de forma asimétrica, sin acceso a derechos y restringiendo sus libertades. En el marco de una y otra realidad, que no son nuevas, pero sí vamos a encontrar potencializadas, surge la pregunta: ¿cuál es nuestro papel como movimiento social? O ¿de qué manera nuestras agendas deben ajustarse a las nuevas realidades?

Esta preocupación sobre la reinención como movimiento social no es nueva ni es producto de la pandemia, sino que se origina desde hace unos años, sobre todo con el auge de legislaciones y reconocimientos judiciales, otorgamiento de derechos, protocolos para el acceso a servicios sin discriminación por la orientación sexual, identidad o expresión de género, la puesta en marcha de políticas públicas (no de transformación sino de contención), al igual que el fortalecimiento de procesos organizativos, al mismo tiempo que permanecen y aumentan las prácticas de violencia y exclusión. Lo anterior ha cuestionado al movimiento sobre el agotamiento de su agenda, sobre todo en momentos en los cuales el acoplamiento de la sigla LGBTI erosiona: el feminismo cuestiona las estructuras que en su mayoría son machistas, patriarcales y misóginas, personas LGBTI de grupos subrepresentados como indígenas, campesinos y afros no se sienten recogidas en las formas urbanas e ilustradas con que promovemos las acciones, y los procesos trans exigen espacios de visibilidad, agendas propias no impuestas y romper con el determinismo del movimiento social.

Lo problemático es, como indica Butler, que hemos construido un movimiento bajo la política de la representación, atribuyéndole un poder desmesurado a un pequeño grupo de individuos, que desde su visión construyen la agenda y con su cosmovisión determinan las necesidades de todo un colectivo que es, por esencia, diverso y complejo. Ante este claro debilitamiento de lo LGBTI como espacio de coalición, estamos siendo testigos de un proceso de reinención, como cuando al final de los 80 Ernesto Meccía anunciaba el fin de la era homosexual, caracterizada por las luchas homofílicas en las sociedades, para dar paso a la generación de los derechos. Hoy estamos en el final de la era de lo LGBTI, agotada en sus agendas, para entrar a nuevas formas, feministas, trans, resistentes y performáticas de construir y deconstruir las ciudadanías.

Estoy convencido de que la teoría queer es el motor de impulso para dicha transformación, por su mismo sentido etimológico: una palabra que se posesiona, no por lo que significa, sino por lo que ha logrado transformar en su significado; pues lo que en un diccionario se traduce por “raro”, se retuerce y se le carga de sentido para hacer del lenguaje un dispositivo de transformación. Esta expresión como propuesta teórica y activista tiene un gran potencial, pues aspira a desestabilizar el binarismo de las identidades sexuales con que se han cargado muchas vidas y desnaturalizarlas, cuestionar los prejuicios y estigmas sobre sus cuerpos, y pasar del determinismo biológico y cultural, que como movimiento social hemos avalado, a la emancipación de un sujeto que se enuncia, construye y deconstruye desde su originalidad.



Uno de los motivos de erosión del movimiento es esa discusión en que cayó por muchos años, entre el sexo como lo natural y el género como lo cultural, limitando las formas de construirnos como sujetos políticos, profundizando las desigualdades y legitimando la opresión, reduciendo lo más valioso que como seres humanos tenemos y es la capacidad de resignificarnos y resignificar la vida.

Judith Butler es quizás quien en los últimos años ha propiciado una reflexión frente al activismo LGBTI, que vale la pena recoger y revisar. Ella es, a mi modo de ver, la principal representante de la teoría queer y con su gran obra “El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad”, publicada hace 30 años, no solo consolidó lo que se llamó la segunda ola del feminismo, sino que acercó las discusiones LGBTI a escenarios académicos y de resistencia. El valor agregado de Butler, en relación a Sedwick, otra teoría queer que en el mismo año publicó “Epistemologías del armario” y David Halperin, autor de “San Foucault, para una hagiografía gay”, es que Butler aprovecha su intuición para extender puentes con el activismo, sobre todo trans, y proponer acciones colectivas en materia de performatividad.

Podríamos indicar que su provocación activa tres reflexiones que son categóricas a la hora de repensarnos como movimiento: en primer lugar, la urgencia de reinventar lo público como escenario de transformación y, allí, el cuerpo como epicentro de lo político; en segundo lugar, desde el feminismo, mover las estructuras binarias y construir subjetividades en torno a los cuerpos abyectos de la política identitaria; y, en tercer lugar, dar paso al sujeto político “outsider”, no al ilustrado, sino a los condenados de la tierra.

La época del reconocimiento, como teoría de las luchas sociales, está llegando a su fin, pues ha sido expropiada por el neoliberalismo que determina ¿qué reconoce?, ¿a quién reconoce? y ¿cuándo lo reconoce?, por lo que, de la mano de la teoría queer, tenemos la oportunidad de reconquistar el reconocimiento o promover otros nichos de realización, con la claridad de que los géneros son performativos, que los espacios los marcamos y producimos, y que en lo público los cuerpos tienen un potencial político donde la calle es un territorio de resistencia y de reinención.

Asumamos este retorno a la normalidad también como una oportunidad de reinventarnos como proceso social, y hagamos frente, no solo a los retos de incidir en escenarios de pobreza, marginalidad, xenofobia, desempleo y precariedad, donde con más urgencia hay que velar por la garantía de derechos y la vida digna, sino también a resistir la fuerte oleada de discursos de economías en crisis, seguridad, pánico moral, criminalización de los cuerpos y censura a la resistencia, que se multiplicarán buscando establecer un orden social en un territorio que se resiste al binarismo y que reclama cambiar el foco de atención hacia las periferias y quienes allí resisten.

Wilson Castañeda Castro

Director Caribe Afirmativo